

¡Ay Portugal, por qué te quiero tanto...!

Por VICTORIA ARMESTO

He aquí que, por primera vez después de la revolución de abril, estuve este fin de semana en Portugal. Entramos un sábado a las doce de la mañana por la frontera de Tuy y volvimos a salir, por la misma frontera, a las doce de la noche. En pocas horas poco se puede apreciar de lo que allí pueda estar cociéndose, todo juicio ha de ser forzosamente superficial. No obstante, permítanme que les cuente algo de lo que yo vi, si bien —para quienes no están ya familiarizados con mis sentimientos— he de señalar que mi gran admiración hacia Portugal me priva de antemano de cualquier veleidat crítica. Para mí es el país más hermoso de Europa y uno de los más hermosos del mundo, al menos del mundo por mi conocido. Hay un elemento mágico en la dulzura de ese paisaje meigo, en la armonía de la naturaleza, en el encanto de los pueblos tranquilos, en la suavidad amistosa y en la ironía de los habitantes, en esas viñas que ora trepan por el granito, ora se enroscan en los árboles enanos, en las iglesias de cúpulas asiáticas, en esos palacios barrocos surgiendo misteriosos entre la fronda verde... Nunca he podido comprender cómo Felipe II, habiendo conocido Portugal y siendo su rey, eligió encerrarse y encerrar a España entre los peñascos del Escorial. Sin duda que era muy raro aquel buen señor.

Tenia miedo —lo confieso— de que, al socaire de la revolución, Portugal hubiera cambiado en su estructura ordenada, que de la noche a la mañana se derrumbara esa orden y esa pulcritud excelsa, de que los portugueses, llevados por un «desmelenamiento» chauvinista y patriótico, a fuerza de poner clavos en los fusiles hubieran dejado secar los de los jardines, que sus pueblos hubieran adquirido ya ese aire descuidado y abandonado hey, salvo honrosas excepciones, de la mayoría de los pueblos gallegos, sus vecinos, de que ya se hubieran puesto a fabricar casas altas y horribles cuya presencia destruyera la vieja armonía creada por el tiempo y el buen gusto... Las noticias

que por vía privada me llegaban era altamente contradictorias. Ciertos burgueses de La Coruña y Vigo —algunos de los cuales se habían acercado a Oporto para ver «El último tango»— aseguraban que Portugal estaba «incómodo», que a los españoles no nos querían bien, que les ponían banderas rojas sobre su mesa en el restaurante e letreros peyorativos en el coche, que en ocasiones les motejaban de «fascistas» (lo cual podía ser o no verdad, según los casos, pero que, evidentemente, no les divertía); en ocasiones —añadían— los portugueses, afectando una superioridad insostenible, hasta parecían reivindicar una «soberanía» mítica sobre Galicia, cosa que aun fastidiaba a mis informantes. Lugo comenzaron a llegar las noticias sobre el cólera, que si había el cólera aquí, que si había el cólera allá... Hay mucha gente partidaria del socialismo, pero poca partidaria del cólera. A mí sobre todo me asusta mucho tenerme que vacunar: vivos o muertos les tengo auténtico terror a todos los «virus».

Pues bien, ni a los gallegos en particular ni a los españoles en general les quieren hoy mal en Portugal, antes al contrario; no creo que haya cólera, por lo menos en el Norte, ni es necesario vacunarse; el país que hoy rige Spínola es el mismo encantador país que rigió largamente, y de un modo que ahora se juzga por lo regular desacertado, el doctor Oliveira Salazar.

Las ideas falsas que circulan acerca de la revolución, unida a la presunta amenaza de la epidemia medieval, han cortado aquí en las fronteras del Norte el flujo turístico. Recuerdo cómo el año pasado por estas fechas largas caravanas se amontonaban en la frontera. Ahora sólo las vimos del lado portugués, de coches lusos que pretendían pasar a

España, pero del lado español apenas si había movimiento. En todo el día sólo nos cruzamos con cinco coches nacionales, tres eran de Pontevedra y dos de La Coruña. Estuvimos en Valença, en Barcelos, en Ançora y en Braga, no llegamos hasta Oporto y, de extranjeros, yo sólo vi en la frontera a una pareja de barbudos posiblemente alemanes no eran «hippies», eran barbudos «corrientes»; nosotros fuimos siempre atendidos y obsequiados como príncipes.

Dejando a un lado la costa tomamos la ruta de Braga por Ponte de Lima. Nos sorprendió observar a lo largo de tantos montes tupidamente repoblados, que hasta aquí no habían llegado los incendios que asolaron miles y miles de hectáreas en las provincias gallegas en el curso de este verano. Claro que sobre estos incendios de los montes en Galicia —en los que, al parecer, la «protesta» política se alía unas veces con el descuido, y otra con la criminalidad, el lucro y el agio de extraños particulares y todo ello con el miedo a los lobos y con la herida abierta de ciertas injusticias sociales como puede ser privar a una población rural del lugar a donde tradicionalmente llevaban a pastar el ganado— habría mucho que hablar. En Portugal apenas si vimos la ladera calcinada de un monte. Es verdad que allí es raro que puedan producirse incendios casuales debido a que cortan la maleza y limpian los montes, y en esta labor vimos atareadas a muchas mujeres.

Sorprende ver tanta gente en el campo. Es gente evidentemente pobre, aun para nuestro «standard», si bien no tan exageradamente pobre como dicen algunos. Su laboriosidad es extraordinaria y así es imposible descubrir una parcela sin cultivar o mal cultivada. Donde no hay monte repoblado hay maíz, donde no hay maíz hay frutales, donde no hay frutales hay olivos, donde no hay olivos hay viñas.

Como aquello es más cálido, ya están acercándose a la vendimia y los racimos rojos contribuyen a la dulce sensualidad del paisaje. También son cálidos los colores de algunas viviendas rurales, humildes, pero también esmeradas y rodeadas de una huerta y festoneadas por flores. En los reducidos pastizales (también aquí impera el minifundio) hay siempre un hombre, una mujer o un niño, o tal vez los tres, con una dos, tres o, a lo sumo, cuatro vacas y con otras tantas ovejas. Las vacas son por lo regular pequeñas marelas de color y están dotadas con una exuberante cornamenta. No parecen vacas europeas, parecen indias.

El orden es el mismo de antes de la revolución, son idénticos los uniformes de los peones camineros. Entre los cambios por mí advertidos figura profusamente la minifalda, que a las rapazas portuguesas no les sienta ni mejor ni peor que a las gallegas. Que Dios perdone a esa señorita inglesa que las inventó. En suan-

to a las melenas masculinas, sólo vi las de un joven obreiro que comió en una mesa cercana a la nuestra en Braga. Otro cambio por mí advertido a lo largo de toda esta ruta interior son las «pintadas».

De antemano suponíamos que íbamos a encontrarnos con cantos a la revolución, al socialismo y al cambio social, pero lo que más abunda era «Viva o Rei», «Monarquía», «Abaixo o comunismo», «Abaixo o fascismo» y otras expresiones similares. El sentimiento monárquico se nos antojaba algo muy sorprendente y hubo un momento en que, bajo el impulso de tanto fervor como revelaban los letreros, me imaginé a don Duarte de Braganza con su corbata y cetro avanzando entre los viñedos y diciendo como un día le dijo el rey de Portugal a mis antepasados coruñeses: «Eu son o voso Señor e Rei... Si responden estas «pintadas» a un sentimiento genera de esta región o son fruto de un fervor individual, es algo que naturalmente no puede decir. Las primeras «hoces y martillos» las vimos enfrente del Cementerio de Braga y debajo habían escrito en portugués «traición». También vimos tres «Casas de Povo» que debían haber sido instaladas en antiguos locales comunales del antiguo régimen.

Estas antiguas villas del Norte de Portugal, aunque se han modernizado bastante más de lo que se dice, siguen aún inmersas en la tradición. Los valores rechazados por el «consumo» y por la «contracultura» siguen en pie. Liga a las familias con respeto a la ancianidad que hubiera aprobado Confucio. El pan es pan, el vino es vino, las muchachas virgenes. Por las calles pasan algunos curas de setana y monjas vestidas de monjas, las guirnaldas se muestran a los pies del dulce San Antonio de Lisboa. ¿Por cuánto tiempo?, se pregunta uno. ¿Por cuánto tiempo? Uno teme en la próxima visita, desvanecido el espejismo del pasado encontrar papeles y plásticos máquinas tragaperras, y altavoces, y rascacielos sorprendentes, y más coches y más motos, y el aire contaminado, y los ombligos al aire, y toda la promiscuidad y toda la chabacanería del «consumo»...? Hasta qué extremos el largo periodo salazarista contribuyó a fijar la faz actual de Portugal? Es curioso pensar que en su odio al «consumo» el doctor Oliveira Salazar se aproximaba a los pro-

fetas flageladores del mismo, desde Marcuse a Ivan Illich.

Aunque estuvimos en tiendas (al nuevo cambio ciertos artículos resultan muy ventajosos) y charlamos con alguna gente no hubiera sido «normal» formularles preguntas de carácter político. En alguna librería de Braga hallamos publicaciones recientes, en las que se denuncia ciertas facetas del cruel pasado y en especial de los crímenes de la PIDE, los cuales, evidentemente, están sirviendo de archivo expiatorio. También vi algunos ejemplares de esa nueva revista humorística «Gaiola verde», «Gaiola» quiere decir «jaula». En uno de los últimos números se veía al doctor Marcelo Caetano al que dibujaban groseramente sentado en cierto sitio, mientras el anterior presidente le preguntaba si necesitaba que le llevara sus discursos para un uso obvio. «No —le respondía Caetano—, tráeme mejor los tuyos y así todo quedará en familia».

¿Leían muchos de aquellos tranquilos ciudadanos de Braga la revista satírica? Yo creo que donde más la leen es en Vigo.

En un tiempo capital de la gran Galicia histórica (que tenía dos capitales, la segunda era Orense), Braga, además de una serie de monumentos notables, entre los que figuran la catedral y el «Bon Jesús», cuenta con uno de los jardines más extraordinarios que yo he visto en mi vida. Ni siquiera los japoneses podrían superar la armonía de estos parterres de zinzias, dalias, crisantemos y la gracia de estos mirtos y arbustos... Almorzamos en una vieja posada popular. Tomamos caldo, el bacalao con patatas y encobellado que es especialidad de la casa, flan, uvas, café, un pan como el que hacían antes de la guerra en Madrid, vino verde en jarra y dos botellas de vino maduro embotellado. Erámes diez, por una vez en nuestra vida favorecidos por un cambio pagamos un total de 1.200 pesetas. En el patio la glicinia se codeaba con la parra y los agaves con las palmeras. El retrete era como el resto de la posada, de carácter también medieval, pero resultaba menos amable.

Olvidaba contar un último detalle muy sorprendente y es que al pasar por una de aquellas carreteras rurales de muy poco tráfico, un niño aldeano apostado en una curva extendió a nuestro paso un cartel de gran tamaño en donde se veía una mujer en cueros!

¿Sería propaganda de alguna película pornográfica o a qué se debía el insólito exhibicionismo? Todos los del coche nos quedamos tan sorprendidos que no sabíamos qué pensar.

OCTUBRE PUEDE SER UN MES DECISIVO

SI... ¿PERO DE QUE AÑO?



PERIDA

Dr. MARCELINO DE JUAN

Jefe del Departamento de Cirugía de la Ciudad Sanitaria Juan Canalejo.

CIRUGIA GENERAL Y APARATO DIGESTIVO
Ex-Médico del Instituto de Postgraduados Casa Salud Valdecilla, Ex-Becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Diplomado en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo de Barcelona y en la Clínica de la Concepción de Madrid, Fellow del Colegio Internacional de Cirujanos, Ex-Jefe del Servicio de Cirugía de la Residencia Sanitaria de Logroño, Especialista en Cirugía General y del Aparato Digestivo.

CONSULTA (PREVIA CITA) DE 4 A 7,30.

JUANA DE VEGA, 31. 3.ª Deha.

L A C O R U Ñ A

TELEF. 262828 (C.S.P. 808)